

VÍCTOR SAMPEDRO

EL CUARTO PODER EN RED

POR UN PERIODISMO (DE CÓDIGO) LIBRE

Icaria ✚ Antrazyt
ANÁLISIS CONTEMPORÁNEO

ÍNDICE

Introducción y estructura del libro 9

Los personajes 19

- I. Sobre héroes, tumbas y la arboleda perdida 23
 - Hackers y ciudadanos digitales 26
 - Hackers y periodistas en guerra 34
 - Tecnologías que destruyen secretos oficiales y recopilan los nuestros 40
 - El reto: ver el bosque 47

- II. Esto es la guerra. Contra terroristas, delincuentes, espías... contra ti 71
 - Ciberterroristas 73
 - Ciberdelincuentes 83
 - Espías tras el deshielo 102

- III. La revolución no será una reposición 119
 - La contracultura que dieron por enterrada y renace en la remezcla 120
 - Un criptopunk ilustrado en el Círculo de Viena 125
 - Hackear el mercado de dinero y de votos 136
 - De Seattle a Ecuador, pasando por Chiapas 145
 - Del antibelicismo a la defensa de Internet 161
 - Contradicciones estratégicas y limitaciones teóricas 169

IV. Un buque rompehielos y el Cuarto Poder en Red	181
El nuevo ecosistema informativo. De tiburones, plancton y el cuarto poder	182
¿Crisis? No lo sabéis bien	189
Curso acelerado de periodismo	197
Los tres poderes abiertos en canal	205
El Cuarto Poder en Red ajusta cuentas con la Prensa	207
Negocios secretos y el iceberg de la censura	226
Hackers y periodistas ¿juntos en las redacciones?	236
V. El periodismo que viene y vuelve a sus orígenes	245
Bien común, código abierto, libre y colaborativo	246
Echando a andar	255
Periodistas bastardos y filántropos digitales	263
Coda	269
El que escribe, plagia y agradece	275

INTRODUCCIÓN Y ESTRUCTURA DEL LIBRO

Y en esto, en 2010, se nos apareció WikiLeaks. Liberó 250.000 documentos de las guerras en Afganistán e Irak. Después vendrían casi el doble de cables de la diplomacia norteamericana. Entrábamos en el tiempo de las megafiltraciones a cargo de gentes de a pie. Algo que técnicamente resultaba imposible antes. Y cuyo alcance era difícil de entender. Entregaban esos archivos a los principales medios del mundo. A cambio de nada. Aún peor, los periodistas cobraban las noticias y los «soplones» pagaban un alto precio: acoso, cárcel y exilio.

La Prensa logró hacernos pensar que todo aquello no iba con nosotros. No nos enteramos de que los hackers nos convocaban a formar juntos el Cuarto Poder en Red. Nos llamaban a movilizar cuerpos, algoritmos y ordenadores para controlar a quienes gobiernan, legislan y juzgan. Querían mostrar nuestra capacidad de hacerlo, demostrando que era posible. Pero cuando acabaron contándonos que nos espían a todos en todas partes, el sueño de una democracia digital se convirtió en una pesadilla.

Este ensayo, aunque no lo parezca, es una encendida defensa del periodismo. No del que ahora existe, sino del que viene. Las críticas que aquí se vierten parten de una llamada a la acción, que es a lo que se dedica el primer capítulo. Esa llamada se aplica a quien escribe y a quien nos lee. Para dejar claro desde dónde lo hago, reconozco que no me llevo demasiado bien con los ordenadores ni con los *hackers* (piratas informáticos). De pequeño ni siquiera jugaba al *comecocos*. Y mis amigos siempre han sido más de libros. La primera vez que

accedí a Facebook me desconcerté: mis «amistades» lo utilizaban para verse luego y hacer cosas juntos. Debe ser que mi «sociofobia»¹ nada tiene que ver con Internet. Mis dificultades para relacionarme e implicarme socialmente se manifiestan en que no formo parte de ningún círculo de Whatsapp (*guachap*). Para mí Internet es más un espacio de trabajo que de socialización. No soy un nativo, sino un currito digital.

La mayoría de los *hacktivistas* (hackers que participan en movilizaciones y protestas) me resultan demasiado *frikis* (rarillos); y yo a ellos. Con excepciones, claro. Confesaré que, en cambio, les admiro. Mucho. Como a otros tantos periodistas, a los que llevo criticando toda mi vida. Como a muchos compañeros de universidad, ya sean alumnos o profesores. Y les fustigo, intentando asumir mi parte de responsabilidad, hasta donde me dejan la consciencia y el pudor.

Reconozcamos que WikiLeaks nos puso en nuestro sitio. Nos mostró enterrados varios metros bajo tierra. Desde luego, no a su altura, la de los piratas antibelicistas que acabaron retratándonos en manos de los vigilantes. De seguir así, los profesionales y profesores de periodismo éramos cadáveres. O peor, zombies que arrastraban su pasado, por un escenario apocalíptico. De 2008 a 2012, desaparecieron casi 200 medios y se perdieron 8.000 empleos, con 27.443 periodistas en paro, ocho veces más que antes de la crisis. Tras drásticos ERE en todos los grupos periodísticos,² los graduados en Comunicación tenían menos futuro laboral que los de Lenguas Clásicas.

En cierto modo era así. Los periodistas usaban un lenguaje, un código para relacionarse con la sociedad, que había quedado caduco. Incomprensible para entender el mundo. E irrelevante para quienes querían cambiarlo. Daban misa, oficiaban el rito democrático de espaldas a la ciudadanía, como los curas antes del Concilio Vaticano II. WikiLeaks demostró que había que transformar los medios, para retomar sus fines. El periodismo no daba cuenta de la realidad. Al contrario, creaba una ficción paralela. Blindaba a los actores sociales más fuertes y desprotegía a los más débiles. Estos últimos no figuraban, siquiera, como víctimas. Sus muertes eran consecuencias «colaterales» de «operaciones humanitarias». Filtraciones posteriores demostrarían que también se libraba una guerra contra nuestras libertades civiles. Que Internet había dejado de ser una herramienta

de emancipación para convertirse en una plataforma de control. Con la vigilancia masiva, los intereses estatales y corporativos se daban la mano; y, de paso, un abrazo de oso que asfixiaba la democracia.

Los hacktivistas cuestionaron de raíz el sistema político e informativo del siglo XX. Y mostraron la perversión de los ideales por los que deberíamos trabajar. Nos proponen participar en una esfera pública acorde con nuestra capacidad para actuar como sujetos comunicativos y políticos de pleno derecho. La crisis de los medios no responde a un problema de demanda —nunca se ha consumido ni comentado tanta información— sino de oferta. No nos interesan las noticias de pago, porque no valen lo que cuestan. No sirven nuestros intereses, no nos representan. Necesitamos que no nos dicten, sino que nos ayuden, primero, a reconocer y expresar nuestros intereses individuales. Después, a conciliarlos. Y, finalmente, a formularlos en clave colectiva. Esa es la tarea del periodismo, volcado al bien común, como defendemos en el capítulo primero. Por eso nunca se necesitaron tantos periodistas. Porque son infinitas las comunidades que los necesitan para cobrar presencia en la esfera pública.

Mejor dar por muerto cuanto antes el modelo de negocio que no acaba de agonizar. La industria mediática solo quiere captar nuestra atención —aumentar la cuota de audiencia— para vendérsela a los publicitarios. Y los anunciantes se han ido a Internet, porque este medio identifica y llega mejor a los perfiles de consumidores. Entre 2007 y 2012, los ingresos por publicidad cayeron para todos los medios un 42% y un 60% en la *prensa escrita*.³ Esto demuestra que los periodistas habían abandonado los fines que decían servir. Apenas eran mediadores publicitarios. Informar al público se había convertido en algo secundario y mantenerle quieto ante el televisor, en el principal objetivo. En cuanto pudimos encontrar noticias gratuitas y contrastarlas en la Red, se acabó el negocio: un 20% menos de lectores españoles de prensa en seis años y un 62% de internautas que solo leen las noticias en Internet (50% en Europa).⁴

Los medios habían antepuesto sus intereses al servicio público que decían desempeñar. A cambio de una cobertura favorable, los centros de poder les proporcionaban ayudas legales y publicidad institucional. Y a nosotros nos querían sentados. Anclados en el papel de espectadores, que solo abandonan las pantallas o acuden al quiosco para consumir estilos de vida y eslóganes electorales.

Dos vías para ejercer una ciudadanía de baja intensidad: consumir marcas y votar siglas.

Para mantener nuestra atención, el periodismo convencional ofrece noticias teñidas de espectáculo e intereses espurios, en gran medida inconfesables. Por eso utilizan un código cerrado, lenguajes y procedimientos que dejan fuera al ciudadano. Por eso, en lugar de nutrir el debate público, lo intoxican hasta ahogarnos. La saturación de mensajes y la imposibilidad de contrastarlos, nos impide discriminar lo relevante. De hecho el flujo arrollador de noticias no contrastadas funciona como la censura más implacable. El corto ciclo de atención electoral y de los mercados impide percibir los problemas de fondo. Olvidamos que no los resolveremos votando de forma intermitente o yendo de rebajas. Tampoco clicando compulsivamente y firmando campañas digitales.

Nadamos en una supuesta abundancia de opciones políticas e informativas. En realidad, nos hundimos en el intento de procesarlas. Son demasiadas y, en el fondo, demasiado parecidas. Los asuntos que alcanzan máxima difusión suelen coincidir con lo más adulterado y trivial. La podredumbre sensacionalista —el escándalo de *News of the World* y del grupo Murdoch— coincidió con el desafío de WikiLeaks. Ha quedado claro que necesitamos alguien que obvie la banalidad y denuncie el engaño.

Necesitamos profesionales con identidad propia, códigos morales y técnicos, que se distingan de los que los propagandistas políticos y corporativos. Queremos redactores y guionistas de noticias que trabajen con datos incontestables y planteen debates con argumentos lógicos, abiertos a la sociedad. Demandamos profesionales que sepan alimentar y a la vez nutrirse del debate social que mantenemos en las redes digitales y de carne y hueso. Trabajadores que, en suma, dotados de nuevas herramientas y destrezas, las pongan al servicio de nuestros intereses. No son otros que los suyos, como profesionales y como ciudadanos.

No existen activistas previos que hayan influido tanto en la agenda informativa con un alcance tan global. Ni con un proyecto de transformación tan completo del sistema comunicativo (y político). WikiLeaks, Manning y Snowden nos convocan a construir algo nuevo aquí y ahora, a nivel local y global. Nos han brindado un prototipo del Cuarto Poder en Red, plagado de aciertos y

errores, como no podía ser de otra forma. Frente al poder de los gobiernos, los parlamentos y los tribunales, se fragua el contrapoder de la Sociedad Civil Transnacional. A duras penas (sufriéndolas) y con limitaciones (de las que hay mucho que aprender) queremos construir una esfera pública donde el público sea el principio del que arranca todo y el final que le da sentido. Porque los ciudadanos, con sus dispositivos digitales, liberan información, la procesan y la debaten con una autonomía aún no reconocida. Se movilizan y con sus protestas aplican sanciones políticas inesperadas, con rapidez y alcance impredecibles. El hacktivismo es a la Prensa, lo que las cibermultitudes a la política. O, en España, lo que el 15M al régimen político-informativo de la Transición.

El Cuarto Poder en Red ejerce de contrapoder: controla a los otros tres. Su expresión informativa de mayor trascendencia, hasta el momento, fue WikiLeaks. Y su manifestación política, las revueltas o (re)voluciones en red que surgen en todo el mundo. No había pasado un año de las filtraciones de Irak, cuando se inició la primavera árabe de 2011. Comenzaba un ciclo de protesta global, con el 15M español jugando un papel clave, sirviendo de referencia y puente. Años después, las cibermultitudes siguen auto-convocándose en las plazas de Egipto, Turquía, Brasil... autodenominándose el 99% de la población. Ese mismo porcentaje expresa sus limitaciones: no se puede representar al 99% sin caer en el populismo, porque la política consiste en repartir costes y beneficios. El 1% también forma parte del 99%. Pero críticas aparte (de las que, desde luego, no están exentos otros actores) las poblaciones exigen que quienes gobiernan, dictan y aplican las leyes se abran a la transparencia y a la participación. Son dos objetivos que las tecnologías digitales potencian o, al menos, hacen más factibles que antes.

Como siempre ocurrió durante los cambios culturales profundos, el sistema de representación está en crisis. Los periodistas convencionales no nos representan porque, antes que representantes, pedimos que sean nuestros delegados. Las asambleas (Internet las hace posibles, dentro y fuera de las pantallas) exigen delegados, que transmitan consensos o acuerdos mayoritarios sin modificarlos. Ahora podemos comunicarnos con los periodistas de tú a tú y, por eso mismo, en lugar de renunciar a ellos debiéramos reco-

nocerles, convertirles en imprescindibles. Los necesitan quienes tienen menos recursos para hacerse oír y no pueden imponerse por la fuerza.

WikiLeaks, como el prototipo que es, evolucionó. Pasó de presentarse como «la CIA del Pueblo», unos espías sin estado, a perfilarse como una organización mediática con producciones propias (desde videoclips a documentales). Al contrario que muchos flipados de Internet, Assange reconoce que hay que salir de las pantallas (o, mejor dicho, emplearlas) para intervenir en el mercado de la información e incluso en las elecciones. Son las dos tareas que despliegan los revolucionarios: crean nuevos medios de comunicación y nuevas formas de hacer política. El hacker se ha convertido en un modelo para el reportero de investigación. Y el hacktivista, en ejemplo del militante o el político. Antes de que se banalice este lenguaje tan atractivo, merece la pena señalar el cambio radical que estos actores promueven. Un cambio que va a las raíces y apunta muy alto. No es fácil de entender a la primera y, menos todavía, predecir sus resultados. Nos afecta a todos, aunque de modo diferente. De ahí la estructura circular del libro.

Cada uno de los capítulos puede leerse de forma independiente. Repito argumentos y repaso hechos para aportar evidencias, paso a paso y para el profano. Con ellas construiremos ciertas tesis sobre temáticas que yo mismo desconocía. Internet ha entrado en nuestras vidas y nadie sabe como ha sido. Su penetración ha sido tan sutil como rápida e intensa. Navegamos a miles de bites por segundo, pero no sabemos hacia dónde, y desconocemos los buques que nos llevan. Estamos pagando pasajes muy altos, sin saber a quién, ni el destino final. Este libro aspira a servir de bitácora, que es como se traduce *blog* en español, de un viaje donde cada quien pueda escoger su tripulación y el puerto donde recalar.

El *capítulo primero*, ya se ha dicho, define la comunicación como bien común y nos convoca a generarlo entre todos. Explica la verdadera función de las filtraciones y el problema intrínseco que conlleva gestionar el secreto de los datos digitales. También aclara la ética y el proyecto político que mueve a los hacktivistas. El *segundo capítulo* inutiliza el arsenal de mentiras, desmintiendo la campaña de acoso y derribo desatada contra WikiLeaks. Con esta excusa, repasamos algunos de los debates centrales sobre Internet. El ataque a los hackers

como terroristas desvela el grado de militarización que se ha impuesto en la Red. La acusación de delincuentes se rebate recorriendo la privatización y mercantilización del espacio público digital. Por último, la acusación de espías enemigos cae por su peso ante la fusión del espionaje estatal y corporativo que desveló Snowden.

El *tercer capítulo* realiza una lectura de la trayectoria de WikiLeaks y de su líder, ligándolos a las ideologías de la Modernidad, la izquierda y los movimientos sociales. Esta interpretación no tiene por qué ser la única, ni la más acertada. De hecho, los hackers son también contratados por corporaciones, gobiernos y ejércitos de todo signo. Por eso, me baso en conversaciones de los hackers con sus compañeros de andanzas, con empresarios de Google, colaboradores del Departamento de Estado de EE UU y académicos. Remezclo esas charlas, referenciando las transcripciones completas. Intento dejar claro que los hackers nos interpelan a todos, con independencia de nuestra ideología. Y, en definitiva, pongo en práctica el periodismo que defiendo: de código abierto (que abre todas sus fuentes) y libre (que remezcla otras voces y demanda ser reutilizado). Este capítulo también recoge los cambios en las políticas de Internet que provocó Snowden. Sobre él los venimos publicando de forma colaborativa en el *blog* que abrimos en el diario *Público* con el mismo título que este libro: www.bloqs.es/el-cuarto-poder-en-red.

El *cuarto capítulo* concreta la función del periodismo de código libre como parte del Cuarto Poder en Red. Presenta a WikiLeaks como un buque rompehielos, que abrió fisuras en una Prensa congelada, incapaz de ejercer de contrapoder. La crónica del viaje es, de forma forzosa, incompleta. Mientras escribo me asaltan noticias o repercusiones de su actividad. Además la propuesta hacker, tomada en toda su amplitud, resulta inabarcable. El *capítulo quinto*, reúne conclusiones que no pueden serlo: habla del periodismo postindustrial que está emergiendo. Y afirma que no es otro que el periodismo de toda la vida, pero tomado en serio como contribución al bien común. Señalo algunas iniciativas que están hackeando, abriendo el código del sistema político-informativo que ahora padecemos. Y apunto las oportunidades que se abren con la reciente alianza entre filántropos de la industria digital y periodistas con coraje.

El Cuarto Poder en Red es una realidad para quienes están invirtiendo en él grandes sumas. Y para quienes lo combaten, poniendo

en riesgo nuestras libertades. El propósito de estas páginas es mostrarlo a quienes más partido pudieran sacar de él si contribuyesen a hacerlo realidad.

El rompehielos WikiLeaks nos abrió paso hacia tierras ignotas. En ellas podríamos crear asentamientos, basados en la autodeterminación personal y colectiva. Al estilo de los bucaneros, que contaban con puertos e islas donde refugiarse. Los hackers llaman a defender Internet como territorio comunal. Debíamos ser capaces de (auto)gestionarlo para mantener su autonomía. Está en nuestras manos legislar y usar la Red para garantizar su (siempre relativa) independencia del poder político y económico. Si no está censurada, ni monetarizada, ni espía podremos controlarlos. Solo así será posible tomar lo que es nuestro, porque hemos colaborado en generarlo. Recuperar lo que nos han arrebatado quienes nos (des)gobiernan. Y mantenerlos a raya.

Quedan excluidos los piratas corsarios. En siglos anteriores actuaban a sueldo de la primera multinacional (la Compañía de Indias) y de monarcas elegidos por designio divino. Ahora cobran de las corporaciones y la NSA. Nuestra pelea, la de la sociedad civil en red, no acaba tras asegurarnos un salario ni aceptando las regalías de la corte. Tampoco erigiéndonos en emprendedores digitales, convertidos en marcas personales y precarizados de por vida.

La historia que contamos, admitámoslo ya, también pudiera leerse como un gran fracaso. Pero resulta tan grandioso que merece la pena contarla. Porque la felicidad no tiene historia.⁵ Y la pelea tiene como victoria el mantenerse viva. Nada de lo que conseguimos será suficiente. Porque nunca tendremos suficiente libertad ni democracia. El gozo que sentimos cuando nuestros sueños fueron la pesadilla de quien se creía intocable debiera darnos largo aliento.

Puede que lo mejor ya haya pasado. Los hacktivistas persiguieron demasiados objetivos al mismo tiempo. Sufren acoso, tienen muchos frentes abiertos... E incurrieron en errores y contradicciones. Pero su huella podría ser la de una relación que, por haberla deseado tanto, no supimos reconocer su valor cuando la tuvimos delante. Pudimos haber hecho más por los hackers. Nos deslumbraron y no supimos corresponder. Pero sin ellos jamás hubiéramos conocido la pasión, que luego se transformaría en un compromiso sólido con la democracia. Me encomiendo, entonces, a santa Clarice Lispector

y mascullo su jaculatoria: «Será preciso el coraje para hacer lo que voy a hacer: decir. Y arriesgarme a la enorme sorpresa que sentiré con la pobreza de la cosa dicha».

Notas

1. Referencia al libro *Sociofobia*, de César Rendueles. Madrid, Capitán Swing, 2013. Un libro magnífico, del cual discrepo y mucho. Tanto que, sin darme cuenta, he dialogado bastante con él los últimos meses mientras terminaba este.

2. <http://www.rtve.es/contenidos/documentos/OBSERVATORIOCRISIS026abril.doc>.

3. Resumen Estudio Inversiones InfoAdex 2012
<http://www.infoadex.es>.

4. *La sociedad de la Información en España*. Fundación Telefónica.
<http://www.informeeespana.es/docs/eE2011.pdf>.

5. Estas dos frases remezclan el arranque de la conversación entre Jean-Luc Godard y Gerge Daney, en *Histoire(s) du cinéma*.

LOS PERSONAJES¹

Julian Assange. Dirige WikiLeaks desde su aparición pública en 2006. Recibió el premio del Índice de Censura de *The Economist* (2008); el galardón Nuevos Medios que concede Amnistía Internacional (2009); la Medalla de Oro de la Fundación por la Paz de Sidney, el Premio Walkley de Periodismo y el Martha Gellhorn (2011). Fue partícipe de la lista de correo electrónico de los criptopunks, que desarrollaron la tecnología de anonimato y encriptación que harían de WikiLeaks una plataforma de información no censurable y a sus informantes no rastreables. Entre sus desarrollos informáticos destacan el sistema de encriptamiento *Rubberhose* y el código original de WikiLeaks. Escribió con Sulette Dreyfus *Underground*, una historia del movimiento hacker internacional. El Comisionado de la ONU para los Derechos Humanos expresó su preocupación por «la ciberguerra» desplegada contra WikiLeaks en una declaración conjunta con la Organización de Estados Americanos. Exigió que los estados y las empresas digitales que se enfrentaron a WikiLeaks respetasen los principios legales. Debido a la persecución judicial, orquestada por EE UU, en el verano de 2012 se refugió en la embajada ecuatoriana en Londres; en la que permanece a la hora de escribir estas líneas.

Chelsea Elizabeth Manning (antes, Bradley Edward). Infante de Marina de los EE UU que con 22 años fue arrestada en Irak en mayo de 2010, donde pasó los primeros once meses en total aislamiento. Dicho trato fue calificado como tortura por las principales organizaciones de Derechos Humanos (Amnistía Internacional, Human

Rights Watch) y por el Relator Especial de la ONU sobre la Tortura, que lo consideró «cruel, inhumano y degradante».

La soldado Manning confesó a un hacker del FBI haber revelado documentos sobre Irak, Afganistán y las embajadas norteamericanas. Afirmó sentir la obligación de exponer las violaciones de derechos humanos que el público desconocía. Solo al final de su proceso y para rebajar su condena, aceptó arrepentirse de haber filtrado la mayor cantidad de documentos, conocida hasta la fecha.

Un tribunal militar juzgó a Manning en el verano de 2013, eliminando el asunto crucial de los crímenes de guerra. Se le negó que —según el derecho internacional— tenía la obligación legal y moral de denunciarlos. Tribunales internacionales posteriores han sentenciado que algunos de aquellos hechos fueron crímenes de lesa humanidad. Durante el juicio se excluyeron todos los documentos desclasificados que detallaban errores letales, delitos y torturas de las tropas aliadas. No hubo transcripciones oficiales, pasando de ser un proceso público a otro inquisitorial. Solo los instructores conocían el proceso que se le había abierto a Manning y las pruebas recopiladas. De modo que no se reconoció la igualdad entre las partes, ni los derechos civiles asociados a un juicio justo.

La soldado Manning fue condenada a 35 años de cárcel. El fiscal había solicitado el cuádruple, por dos docenas de delitos incluyendo el espionaje. No prosperó la acusación de «ayuda al enemigo», que hubiera comportado una cadena perpetua. Cuando recibió su sentencia, Manning había sido nominada tres veces al Premio Nobel de la Paz. Solicitó que durante su encierro se le administrase un tratamiento hormonal para cambiar de género. Cuando cumpla un tercio de su condena podrá salir, tras pasar nueve u ocho años encerrada, siendo una treintañera libre.

Edward Joseph Snowden. Nacido en 1983, desveló en junio de 2013 que la Agencia de Seguridad Nacional estadounidense —NSA, por sus siglas en inglés— accedía a registros telefónicos y de Internet de millones de usuarios en EE UU y todo el mundo. *The Guardian* y *The Washington Post*, *The New York Times* y *Der Spiegel* revelaron los programas de espionaje masivo del gobierno estadounidense. El llamado PRISM, permitía a la NSA y al FBI acceder a los servidores de Microsoft, Google, Apple, PalTalk, AOL, YouTube, Skype, Yahoo y

Facebook de manera ilimitada. Recababa información personal de los usuarios, monitoreaba correos electrónicos y el tráfico de Internet. Otro programa rastreaba y registraba datos de llamadas telefónicas, con el apoyo de redes satelitales, incluidas las comerciales. Snowden reveló que era la fuente de las filtraciones, mientras se escondía en Hong Kong. El aislamiento forzoso de Manning le había convencido de la imposibilidad de encabezar una campaña civil en su país. Cuando compareció, lo hizo con el apoyo legal de WikiLeaks y la comunidad hacker global.

EE UU comenzó su persecución acusándole de espionaje, hurto y uso ilegal de bienes gubernamentales. Se justificó en la lucha anti-terrorista y solicitó a Hong Kong la extradición. El ex-técnico de la NSA partió hacia Rusia e inició contactos con el gobierno ecuatoriano, el cual, entre presiones e interceptación de sus comunicaciones internas, no pudo darle asilo. Snowden solicitó asilo a más de 20 democracias que rechazaron recibirlo. La mayoría colaboraban en el espionaje de las agencias norteamericanas o lo consentían. El conflicto de EE UU con Evo Morales a causa de ese asunto da cuenta de las implicaciones diplomáticas y el nivel de presión estadounidense. El avión del presidente boliviano, procedente de Rusia, fue retenido en el aeropuerto de Viena, sospechoso de transportar a Snowden. Además se le negó aterrizar en suelo francés, italiano o español. Tres países latinoamericanos del ALBA —tratado económico al margen de EE UU— ofrecieron asilo al ex-agente de la NSA. El Mercosur se solidarizó con Nicaragua, Venezuela y Bolivia, reivindicando el derecho de asilo político. Algo que también exigieron parlamentarios de la UE, Alemania y Brasil; sin efectos prácticos a la hora de imprimir este texto.

El presidente ruso, Putin, mientras le retenía en el aeropuerto moscovita, impuso a Snowden la condición de no realizar «actividades hostiles» en contra de sus «socios estadounidenses». Finalmente el 16 de julio de 2013, Snowden las aceptó y solicitó asilo a Rusia. Sus filtraciones corroboraron que la captura masiva de datos digitales, de cualquier usuario y desde cualquier sitio, dispositivo o programa, es una práctica normalizada. Y que los cruces de estos datos con las transacciones de las tarjetas de pago son una realidad.² El gobierno de Obama se justificó en la Guerra Global contra el Terror. La NSA está arraigada en el programa Echelon, con el cual EE UU y el Reino

Unido compartieron sus estructuras de espionaje secreto, extendidas a los países conocidos como The Five Eyes (los cinco ojos), que incluyen Canadá, Australia y Nueva Zelanda. Snowden fue nominado a Premio Nobel de la Paz en 2014. Y el periodista con el que colaboró, Glenn Greenwald, recibió el Pulitzer ese mismo año.

Notas

1. Las mejores fuentes de actualización de estos perfiles son:
 - http://en.wikipedia.org/wiki/Julian_Assange.
 - <http://www.bradleymanning.org/>.
 - http://en.wikipedia.org/wiki/Edward_Snowden.
 - <http://edward-snowden.net/>.
2. <http://www.spiegel.de/international/world/spiegel-exclusive-nsa-spies-on-international-bank-transactions-a-922276.html>.